

Premodernidad en Colombia

Julio Armando Morales Fonseca

Estudiante de Antropología
Universidad Nacional de Colombia
Colombia

Resumen

Con este ensayo busco plantear la idea de que no es posible hablar de un tiempo de Modernidad, como movimiento ideológico y filosófico en Colombia, como se haría en un país *desarrollado*. Las ideas propias de la Modernidad no han sido aplicadas por completo en nuestro país debido a diversos factores históricos que han condicionado la forma de vida y de pensamiento de los colombianos, llevándolos a desarrollar su actual y particular idiosincrasia. Esta idiosincrasia nos ha llevado a desarrollar una nación que denomino «premoderna», en el sentido de que combina, en mayor medida, varios elementos de los movimientos de la Contrarreforma Católica, la Modernidad y la reciente Posmodernidad, resultando una mezcla de valores y actitudes entre la gente que evitan el verdadero progreso tanto del individuo colombiano como de la nación en sí.

Palabras claves:

Modernidad, Posmodernidad, Contrarreforma, Identidad, Premoderno.

Popularmente, el concepto de Modernidad se ha visto asociado al proceso de sometimiento de ciertos pueblos por otros que, convencidos de su superioridad, obran en nombre del «progreso», empujando a los sometidos a la civilización o “modernización”. En realidad, en ese supuesto camino hacia lo moderno o civilizado se cometen un sinnúmero de atrocidades e injusticias que tienen su más conocido antecedente en la conquista europea a los pueblos indígenas en América hace 500 años, o en las recientes guerras de ocupación

estadounidense a algunos gobiernos árabes como Irak o Siria.

Estas ocupaciones conllevan a la destrucción total o parcial de las tradiciones culturales de los pueblos sometidos e incluso a procesos de servidumbre y esclavismo. Tales episodios de la historia contribuyen a hacer confuso y paradójico el concepto de Modernidad, puesto que, al igual que ocurría en el medioevo, cuando la iglesia católica torturaba y quemaba a los señalados de ser «herejes», hoy en día se sigue aplastando a pueblos enteros en nombre del progreso, de la libertad y de la democracia. Es decir, en nombre de la malentendida Modernidad. Éste término se emplea para expresar un período de la historia de Occidente, y debe distinguirse del término «moderno», que es traducción de la palabra en latín *modernus*, resultante de la contracción y elisión de las palabras *modus* y *hodiernus*, que significan: el modo de hoy (Margot, 2010).

El manifiesto de esta modernidad se encuentra expresado por Descartes en estos términos:

[...] si alguien quiere investigar seriamente la verdad de las cosas [...] piense tan sólo en acrecentar la luz natural de la razón [...] para que en cada circunstancia de la vida el entendimiento muestre a la voluntad qué se ha de elegir. (Descartes, 1979, p. 66).

No obstante, la modernidad se llevó a cabo sin ser un verdadero proyecto a futuro y más como una sucesión de eventos que se hilaban de acuerdo al contexto histórico de la época (siglos XVI, XVII y XVIII), por lo cual no respondían a un orden establecido y se asemejaba más a una construcción casual que iba supliendo, una a una, cierto tipo de necesidades y demandas. En la perspectiva del marxismo se entiende como un acomodamiento de las relaciones de producción de los medios de vida al desarrollo de las fuerzas productivas, caracterizado por el aumento de la productividad del trabajo humano y el consiguiente auge del comercio mundial que tuvo lugar especialmente en Europa durante los siglos señalados. En adelante se tomará en cuenta este proceso para definir y dar bases al concepto de Posmodernidad.

Desde luego, el peligro de que el Iluminismo pudiera ser más una catástrofe que una solución para el problema humano ya se vislumbra –en Rousseau, lo sabemos– desde los albores de la “época moderna”. Sólo que ahora, entre los dos siglos, sobreviene un estallido de la función referencial de la razón que contagia rápidamente a los diversos

“metarrelatos” (que legitimaban la iniciativa histórica de la humanidad en el camino de la emancipación). (Margot, 2010, p. 178).

El debate posmodernista da cuenta de una crisis del proyecto de la Modernidad y refleja en él un sentimiento de desencanto y pesimismo. Es ante todo una reflexión sobre el presente, sobre nuestro tiempo, pero no visto según la concepción de la historia como una continuidad hacia el progreso y evolución de la razón, sino como una ruptura o discontinuidad, porque se ha reparado en la teoría o verdad del desarrollo histórico sin concederle la dimensión de legitimación que reclama en su condición de discurso científico o teoría y, en su lugar, se le toma como un saber narrativo. “Simplificando al máximo, se tiene por “postmoderna” la incredulidad con respecto a los metarrelatos.” (Lyotard, 1991, p. 5).

De conformidad con el análisis de Rubén Jaramillo Vélez en su conferencia titulada *Moralidad y Modernidad en Colombia*, el colombiano se ha conformado como un individuo con ideas y fundamentos de varios momentos de la historia, a saber: La época medieval, el Renacimiento, la Contrarreforma y la Modernidad, así como el último momento llamado Posmodernidad. En el país podemos ver varios ejemplos de estos momentos históricos evidenciados en la idiosincrasia, educación y sistema de valores que tenemos los colombianos.

En mayor medida, los colombianos se han visto influenciados por las doctrinas e ideas propias de la Contrarreforma, movimiento ideológico impulsado por la Iglesia católica como respuesta a la Reforma protestante de Martín Lutero. Este movimiento creado durante el siglo XVI, buscaba continuar con la tradición medieval de mantener el poder de la iglesia católica sobre toda Europa, reconociendo al papa y a la iglesia como las grandes autoridades políticas, económicas e ideológicas del mundo, poder que fue lo que justamente había logrado arrebatar Martín Lutero y su reforma protestante, otorgando la idea de que se podía mantener una relación directa con Dios y sus doctrinas sin tener a la iglesia, al papa o a los sacerdotes como intercesores entre el devoto y Dios. El movimiento de la Ilustración, considerado adalid de la Modernidad, era considerado pagano y debía ser enfrentado con ideas esencialmente propias de la contrarreforma. El movimiento de la Contrarreforma se dio en mayor medida en la España del siglo XVI, razón por la cual se trasladó a sus colonias en América, inculcando aquella tradición «premoderna» en los recientes pueblos conquistados.

Esto nos da una base para entender el porqué del alto sentimiento de religiosidad que se ha implantado en la conciencia de los colombianos, llevando incluso a que desconozcan o no vean en la razón y la ciencia el adalid para llevar a cabo una buena y productiva vida. En general, la gente en Colombia se apega más a la religión, la religión católica, para darle sentido a la existencia, para explicarse los fenómenos geográficos, sociales, económicos, etc., e incluso confían más en lograr alcanzar sus metas o deseos mediante la fe que mediante su propio esfuerzo laboral o intelectual.

Ejemplos de esto se ven en frases comunes del día a día como: «Todo bien, gracias a Dios», «Dios mediante» o «si Dios quiere», en las que se afirma que las cosas marchan bien o mal no gracias a nuestras acciones, correctas o incorrectas, sino debido a que Dios no ha querido inferir de forma negativa en nuestra existencia o aun no lo ha hecho de forma positiva. Esto, independientemente de nuestras creencias religiosas, no debería ser tomado como factor de incidencia en la vida, porque conlleva, naturalmente, a una aleatoriedad en la vida diaria, es decir una vida prácticamente «al azar», donde las cosas se hacen sin pensarlas o reflexionarlas mucho, por lo que la gente actúa más con la pasión que con la razón, cosa que resulta peligrosa para todos. Esto hace parte fundamental de la tesis del profesor Rubén Jaramillo en su texto *Moralidad y modernidad en Colombia*, en el que indaga sobre las maneras de ser de las gentes de Colombia (1998).

Retomando las ideas de Sieyes en su texto *¿Qué es el tercer estado?: ensayo sobre los privilegios*, creo que podemos evidenciar, en parte, lo que planteo acerca de las ideas premodernas que aún se manejan en la sociedad colombiana. “Los dos grandes móviles de la sociedad son el *dinero* y el *honor*, y es la necesidad que se tiene de uno y otro lo que sostiene a la sociedad.” (Sieyes, 2008, p. 43). En Colombia, ser un *privilegiado* no necesariamente amerita tener las características y particularidades de las que habla Sieyes, puesto que, mientras que el autor menciona al dinero y al honor como dos características intrínsecas de la clase privilegiada, en Colombia el dinero se considera como único elemento necesario para obtener esta clase, sin importar obtener beneficio alguno mediante el honor ante los demás. En Colombia, obtener un estatus social está directamente condicionado a obtener una capacidad económica elevada y, en el imaginario de la gente, es adecuado, incluso requerido, procurarse esta posición por los medios que sean necesarios aunque los derechos de los demás o las leyes del Estado sean quebrantados en el proceso.

Esta actitud se da, en parte, debido al corrompimiento de las ideas modernas e ilustradas en cuanto no se desea el bien común sino el individual, así como el apropiamiento de las ideas de la Contrarreforma que mencioné anteriormente. Las personas no tienen un pensamiento a futuro como nación ni sociedad unificada, sino más bien una visión solitaria, pobre y efímera de lo que es y significa la vida humana y en sociedad, cosa que los lleva a creer que cualquier tipo de dificultad o incomodidad debe ser saldada por el medio que sea necesario, ya sea dañando al otro o al Estado, procurando un bienestar pasajero e inútil en muchos casos.

Este proceso genera un aplacamiento temporal y superficial de las necesidades de las personas y, a su vez, impiden el desarrollo a futuro de la nación como tal. Es por esto que los ciudadanos se convierten en adversarios entre ellos y terminan viendo al compatriota como un obstáculo que se necesita eliminar del camino para ser solo la persona individual la que disfrute de los placeres en la sociedad. Con esto, y mediante la corrupción como uno de sus resultados más probables, entre otros, entramos a vivir en un país en el cual no se recompensa el mérito propio (meritocrático) sino uno en el cual la gente vive prácticamente sin ley ni Estado, donde todos obran según su parecer y bajo la influencia de peligrosos sentimientos egoístas y poco prácticos. Como lo dice Sieyes:

Pero vuestra pereza y vuestro orgullo se acomodan mejor dentro de los privilegios. Aspiráis menos a ser distinguidos por vuestros conciudadanos que a ser distinguidos de vuestros conciudadanos. Si es así, no mereceréis ni lo uno ni lo otro y no puede ser de vosotros de quien se trate cuando haya de ocuparse de recompensas al mérito. (Sieyes, 1788, p. 42).

Conclusiones

Tomando en cuenta las ideas propuestas, veo que si relacionamos las ideas de la Modernidad y Posmodernidad con una teoría social de la identidad, podemos obtener, muy esquemáticamente, el siguiente panorama: primero, en las sociedades premodernas (o también de la Contrarreforma), la identidad de las personas se estructuraba en torno a la tradición, en especial la religión. Luego, con la Modernidad, los individuos se reconocen como un todo autónomo, racional y unificado; no obstante, con la creciente urbanización y los

avances de la industria, la identidad está más ligada a factores de clase social, nacionalidad y ocupación. Finalmente, las formas de la identidad en las sociedades posmodernas son fragmentadas y a menudo contradictorias. Al parecer, el colombiano posee una mezcla de varias de estas características, lo que lo lleva a contradicciones y dificultades en la vida, cosa que le genera estados de infelicidad, malestar, miseria, envidias, y, en general, a cierta precariedad de la existencia.

Ahora, en cuanto a Colombia, tenemos ante nosotros una nación que sigue una peligrosa senda de ignorancia y dilución debido a sus corruptas ideas «premodernas». El futuro colombiano no tiene ni proyecta tener un estado halagüeño mientras en el país se manejen ideas contradictorias y se implanten valores en la conciencia ciudadana que vayan en contra de la construcción colectiva de una nación próspera y del primer mundo. Mientras algunos de nuestros dirigentes sigan siendo igual de analfabetas, poco comprometidos con el bienestar social y con tan poco aprecio por un verdadero ideal de vida y patria decorosas, igualmente nosotros los ciudadanos seguiremos en un obscurantismo ideológico que nos lleva a pensar solo en nuestra propia y pasajera estabilidad (ya sea económica, social, laboral, etc.), sin pensarnos como un grupo o sociedad que necesita salir adelante en el sentido de dejar atrás lo que llamó Thomas Hobbes «una vida breve, brutal y triste» (Hobbes, 1991).

La idea de lograr un bien común, de que es posible y necesario, y de que con ese bien inmediatamente mejoraríamos nuestras condiciones de vida en una proporción mayor de la que jamás alcanzaríamos llevando una vida en solitario y egoísta (persiguiendo los intereses propios), debe ser implementada en la conciencia común de los habitantes colombianos para construir un verdadero proyecto de nación próspera y equitativa.

Referencias Bibliográficas:

- Descartes, R. (1979). *Reglas para la dirección del espíritu*. Traducción, introducción y notas de Juan Manuel Navarro Cordón. Madrid: Alianza editorial.
- Hobbes, T. (1991). *Leviatán*. Barcelona: Editorial Ataya.
- Jaramillo Vélez, R. (1998). *Moralidad y modernidad en Colombia*. En: Cátedra de Colombia – Moralidad y Modernidad en Colombia. Bogotá: Editorial de la Escuela Superior de Administración Pública.
- Lyotard, J. (1991). *La condición postmoderna*. Informe sobre el saber. Buenos Aires: editorial R.E.I.
- Margot, J. (2010). *Modernidad. Crisis de la modernidad y posmodernidad*. Cali: Universidad del Valle.
- Sieyes, E. (2008). *¿Qué es el tercer estado?: Ensayo sobre los privilegios*. Introducción, traducción y notas de Marta Lorente Sariñena. Madrid: Alianza Editorial.